

No es el paraíso

GABRIEL RODRÍGUEZ

No es el paraíso, tampoco un valle de lágrimas, es un *jardín imperfecto* (Montaigne) en el que se enfrentan o colaboran naturaleza y cultura. Un jardín concebido como lugar de encuentro con el otro, con lo otro, en el que la diversidad, la plasticidad, la aceptación del azar haga posible la creatividad, el objetivo común de las artes y las ciencias humanas, *la capacidad de modificar el complejo de valores que sirve de principio regulador de la vida de un grupo cultural* (Todorov). Un jardín que necesita jardineros y, sobre todo, jardineras que ayuden a *deconstruir el ideal humano de la autosuficiencia* (Innerarity), a reconocer la mutua dependencia, a construir formas democráticas nuevas aptas para incluir los ciclos del medio natural frente a la escasez competitiva del tiempo medido y vendido, frente a los ciclos engañosos de una política de plazos cortos y despilfarros largos. Un jardín que tenga la finalidad de la cooperación y de la conservación a través del tiempo.

Un jardín imperfecto en el que el arte, como forma de conocimiento, no sea otra cosa que una parte de la filosofía que se aventure en el territorio de lo que es inexpresable por medio de la palabra, que presione las fronteras de los territorios conocidos en una región distinta, paralela a la de la ciencia, pero no separada, por medio de procesos que aprovechen la inexactitud creativa, las relaciones analógicas, la capacidad de valoración del conjunto. Un jardín que incluya el arte de interpretar el mundo como ejercicio de inexactitud, que haga posible la creatividad desde *una atención permanente hacia las discontinuidades inesperadas* (Innerarity).

Frente a la cultura como sopa adictiva que absorbe trazas de lo heterogéneo no comprendido, el encuentro con el otro que, desde el descubrimiento de aquello en lo que nos parecemos, haga posible la fecundidad de lo diferente, el diálogo con el azar, la apertura a lo nuevo, y una mirada crítica sobre mí mismo que me transforme. *Debemos estar a la altura del azar* (Nietzsche). Es creativo, no solo porque sea algo nuevo y valioso, no solo porque suponga un cambio en el medio cultural de una sociedad, sino también en cuanto afecte al actor, porque conduzca a una transformación sufrida por el creador. Una transformación producida desde una postura inclusiva que deje reconocer aquello que era invisible. Ese encuentro inesperado, ese cruce de miradas en el que interviene

el azar, en el que aparece la ocasión, el tiempo de Kairós, llega a ser creativo porque cambia al mundo y porque me cambia a mí.

El azar que se produce en el momento, en la ocasión del choque de lo existente, material y culturalmente, con lo emergente y con la voluntad de aceptación de lo diferente, con la necesidad de cambio del entorno y de uno mismo, con la novedad que hay en la obra y en el autor y el receptor, se filtra para dar forma a un jardín entre fronteras, entre culturas, entre formas de conocimiento, para dar forma a un jardín imperfecto.